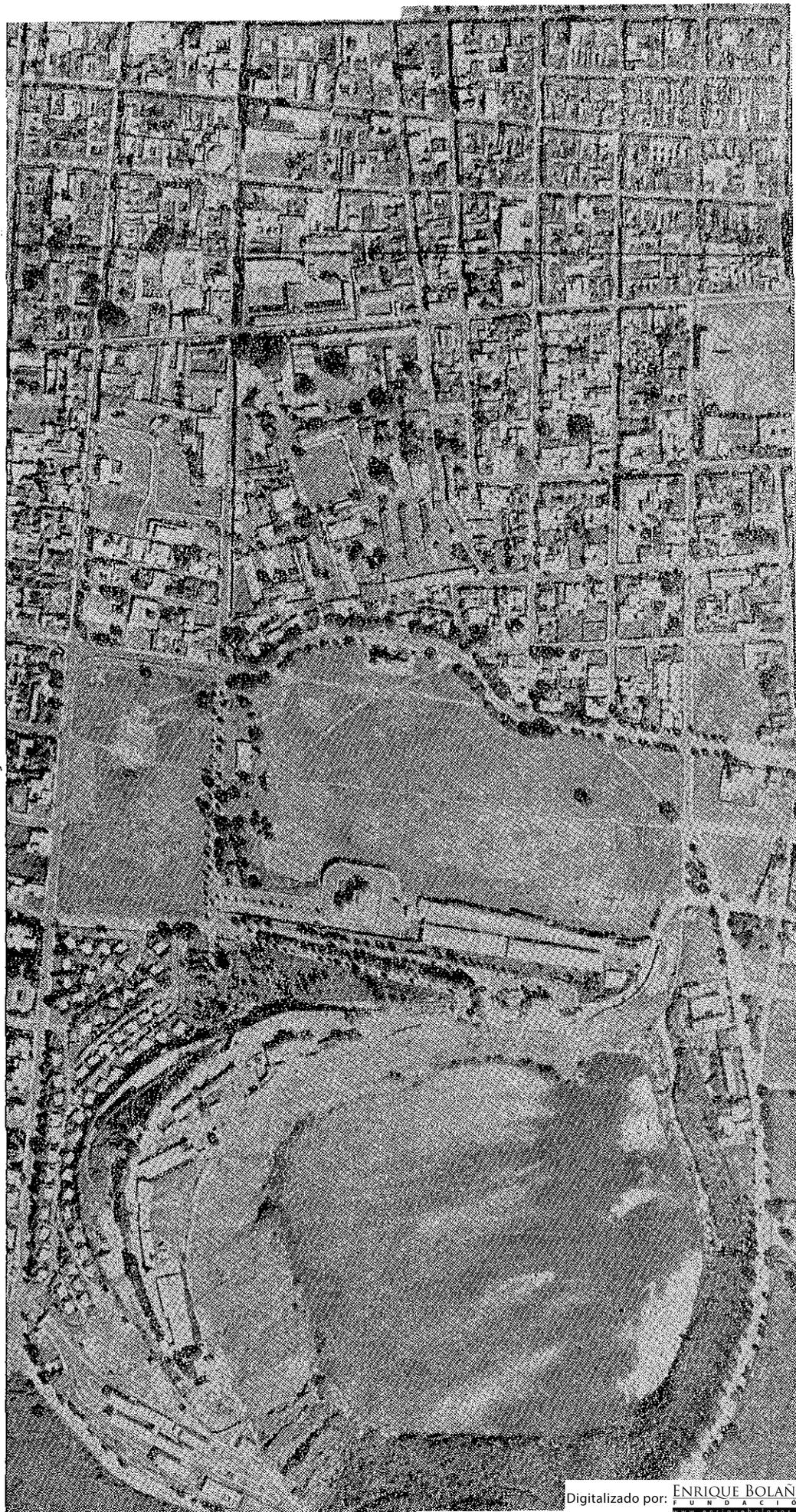


# Cómo me escapé de la Cárcel

LUIS G. CARDENAL

Vista aérea de Managua y del sector de la Loma de Tiscapa donde están ubicadas las cárceles y fortalezas, escenario de esta dramática fuga, sin precedente en la historia novelesca de los centros penales de América.



Mi celda era un inmenso galillo. El techo de zinc sin cielo raso, tenía una altura que variaba entre unos 4.50 metros y 5 metros (el suelo iba en desnivel). No tenía absolutamente ninguna ventana por donde entrara luz ni aire, y la única comunicación que tenía con el exterior, era por medio de la puerta que daba hacia el dormitorio de los Guardias. En el techo habían dos bujías, pero estaban fundidas, por lo que en esos primeros días de reclusión y abandono completo, en que nadie me veía ni me hablaba, el día era muy oscuro, y la noche ya no se diga. En realidad tanto el día como la noche eran igualmente oscuros, pues de día me penetraba un poco del resplandor que entraba a la cuadra, y en la noche las luces del dormitorio, iluminaban un poco con sus reflejos la inmensidad de mi celda. Después que apagaban estas luces, naturalmente quedaba en una oscuridad absoluta.

A los pocos días ya había establecido comunicación con mi esposa. Hasta nos era posible intercambiar cartitas. Uno de los guardias que dormía cerca de mi puerta, se prestó para ello. Es verdad que mi esposa le regalaba dinero, pero era bien merecido, pues el guardia, después de todo, corría algún riesgo.

Este soldado, y otros, me fueron contando que como ellos no conseguían permiso para ir a la ciudad, se escapaban de noche. Poco a poco comencé a preguntarles las rutas que ellos usaban para escaparse... y así poco a poco, y desde los primeros días comenzó a coger forma en mi mente la idea de hacer lo mismo.

La idea de fugarme era una obsesión.

Seguí haciéndoles preguntas veladas a los guardias rasos, a los sargentos y a los oficiales, y así pude averiguar poco a poco cuántos "puestos" habían, dónde estaban colocados, a qué horas hacían cambio de turno, por dónde salían para ir a pasear a Managua sin permiso, a qué horas se iban, a qué horas volvían y cuáles eran los días más apropiados; si los puestos detenían a los oficiales cuando éstos salían del cuartel, si los soldados conocían a todos los oficiales, etc., etc. Muy pronto había hecho yo centenares de preguntas a docenas de guardias. Muchas respuestas eran contradictorias, pero otras cosas iban saliendo a luz y coincidían completamente.

De toda esta maraña de respuestas fui sacando mis conclusiones bien claras, y las iba anotando en mi cerebro.

Descubrí un hoyito como de 4 pulgadas de diámetro, por donde pasaban las aguas sucias de mi celda hacia un albañal que había en la celda contigua de Pedro, (Pedro Joaquín Chamorro), en donde se recogían todas antes de salir a un sumidero. Acostándonos en el inmundito suelo que protegíamos con papeles y cartones, podíamos platicar por el hoyo. Esto era un consuelo, pues a determinadas horas Pedro y yo podíamos reunirnos en ese lugar y conversar. La prisión solitaria ya no era tan solitaria, pues aunque no pudiéramos vernos y aunque platicáramos con dificultad, al menos podíamos cambiar impresiones, recordar hechos de la montaña, intercambiar la poca información que oíamos en el cuartel, etc. Además le pude pasar a Pedro cigarrillos y otras cosas que yo recibía de contrabando. Por último le puse a la orden uno de los "mensajeros", y desde ese día en adelante él también tenía comunicación clandestina con su casa.

Medí mi celda. Lo hacía con pasos. A veces cami-

naba hasta 8 kilómetros. Cada cien vueltas eran dos kilómetros. Era mi única diversión y mi único ejercicio. Así fueron transcurriendo los días, las semanas.

La vida transcurría aburrida. . más que todo, aburrida. Y sin embargo, a veces me daba vergüenza reconocerlo, me estaba acostumbrando a ella.

Dormía casi hasta medio día, me bañaba, malcomía cualquier cosa, caminaba cien, doscientas o más vueltas, y luego me dormía otro rato. En la noche no tenía sueño, pero terminaba durmiéndome de todos modos. Qué desperdicio de vida humana, de hombres, horas, pensaba yo; pero no tenía otra cosa que hacer. Rezar, eso sí, por lo menos un rosario todos los días.

La idea de fugarme era mi obsesión. Mi obsesión y al mismo tiempo mi distracción, mi única distracción, y también mi tormento. ¡Me estaba volviendo loco! Sólo en eso pensaba, sólo eso planeaba, sólo de eso hablaba con Pedro. Ya me había vuelto insoportable; Pedro se oponía y trató de quitarme la idea, de tranquilizarme, de hacerme pensar en otras cosas.

Pero, con excepción de unos días al principio del Consejo de Guerra, yo no dejé de pensar ni un solo día en escaparme. Seguí haciendo preguntas disimuladas y obteniendo respuestas. A veces hasta el mismo Pedro les hacía preguntas a otros guardias para así obtener mayor número de respuestas de donde sacar mis conclusiones. Al mes de estar encerrado ya tenía el esbozo de mi plan. Por lo menos una cosa era segura: tendría que escaparme por el techo. No había otra salida, pues no habían ventanas, y salirse por la puerta que daba al dormitorio de los guardias era totalmente imposible, aún en el dudosísimo caso de que la lograra abrir. Después de salir por el techo, no sabía exactamente qué haría, pero tenía algunas ideas. Lo más importante, por lo tanto, era buscar cómo salir del techo.

Medí la altura de la pared. Poniendo un camarote de "pie" en vez de acostado, podía escalar casi dos metros de altura. Con unas tablas arrancadas de otro camarote (lo que fue fácil pues no estaban clavadas), construí una plataforma sobre la cual pararme y trabajar. Me subí a esta "torre" y noté que aún así no tocaba el techo ni con la punta de los dedos. Tendría que elevar más la torre. Discurrí largo rato. Pensé en varias soluciones (pues al menos me elevaba como 30 centímetros más) fue la de hacer una especie de banco con otros pedazos de camarote, que deshice como pude. Sin embargo esta torre era muy difícil de levantar y desarmar y no tenía mucha estabilidad.

Como ya recibía visitas de mi casa y acababa de llegar la Cruz Roja, le pedí una silla a mi esposa. Me la llevó y me la dejaron pasar. Ahora ya sólo ponía el camarote de pie, las tablas y la silla encima. En cuestión de segundos aprendí a hacer esta operación que tendría que realizar infinidad de veces.

Parándome sobre la silla podía ya tocar el techo y trabajar en él. Subiéndome al espaldar, llegaba casi a tocar el techo con mi cabeza.

Al llegar a estas alturas me encontré con dos serios problemas: 1) Como la parte superior de la pared interior de mi celda había sido construida para que sirviera de ventilación, estaba completamente abierta y, aunque fo-

rrada con hilos de alambre de púas, se veía claramente a través de ellos. Desde su dormitorio me podían observar 300 pares de ojos de los Guardias que dormían allí

2) Encontrar con qué arrancar las láminas de zinc, para que mi cuerpo pudiera pasar entre ellas. Por más esfuerzos que hice con palos y otros utensilios "caseros" noté que las láminas estaban sólidamente clavadas y que se me haría imposible arrancarlas.

El primer problema lo solucioné, tapando la abertura con papeles y cartones, y por último, ya con más valor, con tablas que arrancaba de los camarotes. De esta manera logré taponar más de 8 metros lineales de pared en la línea de visión que me convenía, de tal modo que ya podía trabajar libremente en el techo sin que me vieran. Naturalmente en esta labor pasé varias semanas, pues sólo podía trabajar en los ratos en que en la cuadra no había casi nadie o todos dormían: pero tenía que ser de día, ya que de noche el silencio es absoluto y todo ruido se multiplica.

Para solucionar el segundo problema pedí a mi mujer algunas herramientas.

¿Cómo lograr que me las pasara desapercibidamente?

Muy sencillo:

A las visitas en la covacha de oficiales donde recibía a mi esposa llegaba con mis botas puestas. Estas eran altas, hasta media pierna y muy "boconas": abiertas. Al principio estuve practicando introduciendo libros pequeños. Si me cogían no tenía importancia. Luego ya metía otras cosas, como polvos para dormir a los Guardias, un radio de transistores, seis hojas de acero-plata para cortar metales, un formón de  $\frac{3}{4}$  de pulgada, y por fin... una tijera de cortar metales, de esas que usan los hojalateros. Todo esto me llevaba mi mujer en una cartera grande que ponía en el piso, tapada con su falda, a un metro escaso de donde estaba el oficial que presidía nuestra visita. Mientras nos dábamos algún tierno beso, yo bajaba la mano, la introducía en su cartera, sacaba el objeto, y me lo metía en las botas. El oficial, naturalmente se ruborizaba un poco ante estas demostraciones de nuestro contenido casero. y volvía a ver pudorosamente un poco hacia otro lado.

En esta forma mi esposa me logró meter todo lo que necesitaba. Le pedí un revólver, pero se negó a llevarmelo. No hubo manera de convencerla, y no lo hizo.

En esta misma forma ella me introdujo una barrita de capitán de la Guardia Nacional y dos de las insignias con dos riflitos cruzados que usan en sus uniformes. También me entregaba por ese conducto cartas de los amigos y otras cositas más como whisky, tinta para teñirme la cara, etc., etc.

Por fin ya tenía todo en mi poder. Tenía las herramientas necesarias, la ropa kaki para fingir el uniforme de capitán, las insignias, la gorrita de beisbolero, kaki, que me regaló Pedro Joaquín y el plan de cómo fugarme.

Lo había estudiado todo, y tenía para fugarme varias rutas a mi elección, todas ellas probadas por centenares de desertores que continuamente se salían a Managua. Había además otra posibilidad y esa fue la que en última instancia me vi forzado a usar.

Estaba, pues, completamente listo para comenzar a trabajar.



Luis Cardenal, seguido de Pedro Joaquín Chamorro, llegan prisioneros a La Cueva.

Podía trabajar de día, y las mejores horas, debido a los trajines corrientes del cuartel, eran de dos a cuatro de la tarde y de seis a siete y media de la noche. Sin embargo infinidad de veces armaba la torre, me subía y comenzaba un corte. El ruido de la tijera u otro ruido me metía en miedo y me bajaba de la torre con el corazón dándome saltos. A esperar otro día. Así me pasó muchas veces. En otras ocasiones, de puro temor, me daba pereza, y entonces no cortaba nada.

Los primeros cortes fueron los más difíciles, pues el traslape de las láminas hacía casi imposible meter las puntas de las tijeras entre ellas. A veces sólo avanzaba milímetros y pasaba minutos de angustia que me parecían horas. Así se me pasaron varias semanas casi sin avanzar en mi objetivo. Desarrollaba nuevas técnicas, nuevos modos de cómo cortar la lámina, pero no progresaba. Yo sabía que no avanzaba por miedo, pero no me lo quería reconocer a mí mismo.

Por fin, una noche corté la mitad de la lámina. Con gran valor y mayor resolución, y haciendo bastante ruido, (me di cuenta de que era poco, relativamente, en las horas

de bullicio de un cuartel), logré adelantar más esa noche que en todas las semanas anteriores.

Lleno de gozo corrí al hoyito donde hablaba con Pedro y le conté la nueva. Estaba fuera de mí de contento, y le dije: "Pedro, me puedo ir esta noche. Ya tengo corinado el techo del zinc, me asomé por arriba y no hay custodia al otro lado. Bien me puedo ir". Yo estaba loco de felicidad pues esta noche tuve la más completa seguridad de que mis teorías eran exactas, que lo que me habían informado los Guardias era una realidad, que en fin, me podía ir con sólo salirme del tejado. Supe que tendría éxito al menos en la parte inicial de mi fuga.

Pedro no estuvo de acuerdo y no me dio su apoyo moral, pero ya disgustado de aguantarme tantos días y semanas, en mi "locura", como decía él, me dijo: "haz lo que quieras. Andate, pero creo sinceramente que no debes hacerlo. Te van a matar. Todavía falta el Consejo de Guerra, cosa que no te debes perder, pues para un político es como para un estudiante ir a la Universidad. Más tarde tendrás mucho mejores oportunidades". Todos sus argumentos eran buenos, pero yo quería irme. Sin embargo, no lo hice esa noche.

Yo creo que no tuve valor.

Sin embargo me dije a mí mismo que no me iba por que quería ver a mi esposa el día siguiente, jueves, que era día de visita. Que ese día me iría.

Esa noche llovió. No torrencialmente, pero llovió, y mi celda se inundó totalmente. La gotera que se hizo fue algo nunca visto. ¡Hay que ver el chorro de agua, los chorros de agua que se meten por una abertura de una pulgada de ancho y del largo de media lámina de zinc! Me desperté a media noche y no pude dormir mientras duró el aguacero por estar encauzando el agua hacia los lados y las paredes con una escoba para que fuera absorbida rápidamente por el piso. Ponía ropa en el suelo, periódicos, papeles, cartones, maderas, etc., y logré que el centinela no se diera cuenta.

(Debo explicar que como la celda tenía como 30 metros de largo y todos mis trabajos eran en el extremo opuesto a la puerta, el custodio no podía ver nada de lo que yo hacía adentro. Además yo colgaba ropa de un clavo en la pared, a la orilla de la puerta, para impedirle aún más la visión hacia adentro)

Después que pasó la lluvia, levanté la torre y me subí a ella. Con ayuda de una lata de avena que corté con la tijera, y con unos cartones, improvisé una lámina que metí en la abertura. Con esto ya no entraba el agua, pero yo sabía que ésto era solamente una solución temporal. Tarde o temprano habría una inspección y se darían cuenta de mis tentativas de escape. Me tenía que ir, y debía hacerlo al día siguiente. No quedaba más remedio.

Al día siguiente, jueves, llegó mi esposa. Saqué casi todas mis cosas de la celda y no acepté nada de lo que me llevaba. Sólo la cena para esa noche. Le dije que esa misma noche me iría y que me esperara en cierto lugar para facilitarme un auto y escapar. Mi idea era asilarme en una embajada o tratar de ganar la frontera esa misma noche.

Mi esposa se opuso, me lloró... y logró, si no convencerme, al menos que le prometiera que no me iría esa noche.

Cumplí con mi palabra, y seguí en mi celda.

Los días siguientes fueron de angustia. Cada vez que llovía se volvía a inundar la celda. Por muchos esfuerzos que hice ninguno de los remedios que le ponía a la abertura surtían efectos satisfactorios. Se seguía metiendo el agua.

Fueron días y noches de angustia. En cualquier momento sería descubierto. Sin embargo Dios estaba conmigo, y no habían de descubrirme.

Un día cogí un fuerte cartón comprimido y lo puse entre la lámina de zinc y el clavador de madera, a manera de cielo raso. El agua entraba, pero resbalaba sobre el cartón y caía afuera de la celda. Estaba salvado. Sin embargo, el cartón se humedeció después de unos cuantos aguaceros, y al debilitarse, se dobló por el medio y las goteras comenzaron de nuevo.

Pero el método había resultado bueno: sólo había que mejorarlo. Derretí pues, cera de las velas que tenía para calentar las sopas, y con la esperma recubrí toda la superficie del cartón hasta volverlo impermeable. Lo coloqué de nuevo, y con gran sorpresa y alivio de mi parte, dio resultado. Ya no pasaba el agua a la celda.

Celebré el triunfo con Pedro, que seguía atento todas mis angustias y esa noche ya dormí tranquilo. Dos o tres aguaceros más, y el remedio quedó ya suficientemente probado.

Escondí mis herramientas y las insignias militares en huecos que encontré en la celda y en otros lugares, y decidí esperar otra ocasión para fugarme.

Justamente en esos días me dieron un medicamento para los parásitos que seguramente había adquirido en las montañas de Chontales. El purgante, según parece, era para elefantes, no para seres humanos. Me dio un síncope, y fui llevado en camilla al Hospital Militar. Creyeron que era un síncope cardíaco, cuando en realidad creo que no fue más que un desmayo común y corriente. Yo aturdido como iba en la camilla, pude oír al coronel Peralta (Comandante de la 3ª Cía., donde me encontraba preso), que le decía al médico: "¡Lléveselo de aquí!" "¡Lléveselo!" "Yo no me hago de este camarón, ahí van a decir que lo matamos!" El médico no quería que nos fuéramos todavía porque aún no habían autorizado mi entrada al Hospital, pero Peralta estaba empeñado que me llevaran inmediatamente.

Salí en ambulancia hacia el Hospital. Era el viernes 4 de septiembre. Atrás se quedaban mi celda, mi compañero Pedro Joaquín, mis herramientas escondidas en las paredes y todos mis planes de fuga.

Iba a una nueva celda, en el Hospital. Adiós Libertad.

Estudié posibilidades de escapar de allí, y todas eran nulas. Ni que pensar.

Dediqué mi tiempo a "vivir" mi nueva vida, alegre por estar en compañía de amigos con las mismas ideas, y de aprovecharme de la mejoría en mi nueva dieta.

Pasé allí cerca de una semana.

Comenzaba el Proceso.

Pero enseguida me trasladaron de nuevo a mi vieja celda.

Sentí una alegría infinita... me podría fugar. Volvía

a territorio conocido, tenía mi plan hecho, sólo me faltaba coger valor para recobrar mi libertad.

Cerraron la pesada puerta y me encerraron de nuevo. Esta era la primera represalia de la Autoridad Convocadora, de Tachito, por haberlo desafiado: prisión solitaria de nuevo.

Recorrí mi celda con ansiedad. Lo primero que busqué fueron las barritas de Capitán Guardia Nacional y los riflitos del uniforme. Los había dejado muy mal escondidos debajo de una de las tablas del camarote donde dormían los guardias presos que acababan de sacar de allí para darme lugar a mí. Allí estaban... envueltas en su bolsita de plástico. Nadie las había visto ni tocado. Entré en confianza y comencé a buscar mis herramientas en sus escondites de la celda. Apareció el formón de acero, luego las seis sierras de acero-plata para cortar metales. Hice mi torre y busqué en el techo la tijera de cortar láminas. Allí estaba también. Tenía mi taller completo.

Arreglé mis cosas y corrí al hoyo del albañal a llamar a Pedro. Le comuniqué que todo estaba en su lugar, que me podía ir esa misma noche, pero que no lo haría porque me sentía muy nervioso y agitado. No sabía si el general Somoza se encontraba en su residencia y por lo tanto había más riesgos en la fuga y además quería comulgar antes de irme, por si acaso me mataban en la huida. El estuvo en todo de acuerdo, pero esta vez por fin me animó a fugarme al día siguiente o cuando diera lugar. Al retirarnos quedamos que cada media hora nos veríamos en el hoyito y nos hablaríamos para saber cuándo se llevaran al otro a la tortura...

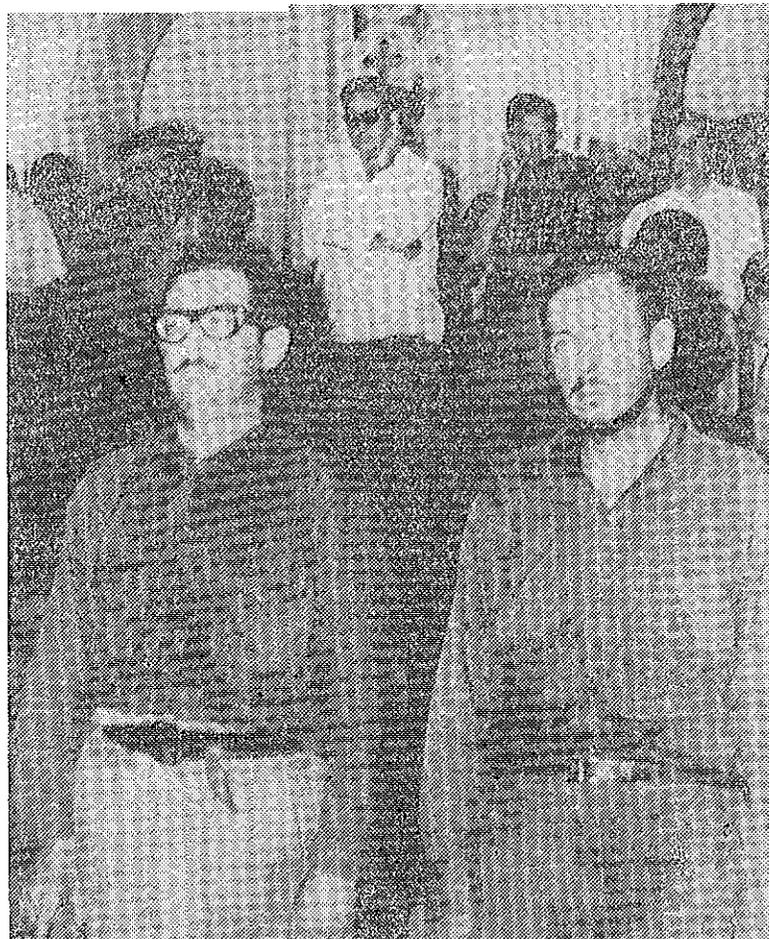
Como a las once de la noche decidimos en nuestra última entrevista que ya habíamos esperado suficiente.. y nos fuimos a dormir.

Al día siguiente nos llevaron uniformes a rayas. Una nueva represalia por nuestra rebeldía. Nos quitaban el privilegio que nos habían dado como jefes y que nunca habíamos pedido. Los uniformes no nos quedaron ni remotamente, pues los números estaban completamente equivocados, por lo que con todo y la furia del oficial encargado, llegamos de nuevo con nuestros pantalones de civil y solamente con la camisa a rayas.

El jueves 1º de octubre llegó a verme mi esposa a la sala de guardia de la cárcel. Hablamos un rato, y luego le comuniqué que me fugaría. Ella me suplicó que no lo hiciera, me insistió, me argumentó que era preferible vivo en la cárcel que muerto en el cementerio, qué no me dijo... pero yo me mantuve firme y le dije que me iría de todos modos y que me ayudara. Ella al fin accedió, y cuando le comuniqué exactamente lo que haría y cómo lo haría, lo encontró factible y hasta se entusiasmó con la idea. La pobrecita se estaba muriendo de miedo, pero la ví resuelta. Sólo el verla me reconfortaba y me daba valor. Su apoyo moral era importantísimo para mí, mucho más que su ayuda física.

Al terminar de explicarle todo y decirle lo que tenía que hacer, me dijo confiadamente: "Realmente lo puedes hacer. Lo que se necesita es tener un gran valor, y yo sé que lo tienes"

Quedamos pues en que me fugaría el día que me llevaran la comunión, que posiblemente sería al día siguiente



Luis Caudenal y Pedro Joaquín Chamorro, detenidos y presos. Al fondo, de anteojos oscuros, su vencedor y captor, Anastasio Somoza Debayle.

te —primer viernes de mes— o el sábado, si acaso el sacerdote tenía mucho trabajo el viernes.

En efecto, resultó que el viernes era imposible, y el sacerdote llamó al Comandante pidiendo permiso de llevarnos la comunión el día sábado en la tarde. El permiso fue concedido.

El día sábado me dirigí al Consejo y me tomé una pastilla de Ecuamil a las 8.30 a.m. Mi esposa me había informado que el médico a quien había consultado "mi caso" le había recomendado que para mantenerme más calmo debería tomar esos sedantes durante todo el día.

Asistí a la sesión del Consejo y les dije a varios de mis compañeros que uno de esos días me fugaría. Le comuniqué también lo mismo a uno de los amigos civiles allí presentes, quien me informó dónde quedaban algunas de las Embajadas más favorables para asilarse.

Regresamos a la celda. Comí poco y regalé algunas de las cosas que tenía guardadas a los custodias que habían sido más finos conmigo. A las tres de la tarde me tomé otra pastillita. A las cuatro me sacaron de la celda para comunicarme con el abogado defensor de oficio que quería verme.

A las 5.00 p.m. llegó el Padre Iriarte con mi esposa a confesarme y a darme la comunión. En la confesión, y bajo el sigilo del sacramento, le consulté si podía exponer mi vida para obtener la libertad; si podía intentar la fuga aun a riesgo de perecer. Me contestó que sí, que

estaba en libertad de hacerlo, pero que no lo hiciera. Le contesté que estaba resuelto y que esa misma noche me iría.

Me dio la absolución y luego la Comunión.

Mi esposa vio todo aquello y sabía lo que estaba haciendo. La ví mirarme tiernamente... pero serena. Ambos teníamos fe. No necesitábamos más.

Me despedí de ella con un beso, y me deseó "buena suerte".

Al pasar cerca de donde estaba Pedro Joaquín le dije quietamente: "Esta noche me voy".

Nos condujeron a cada uno a nuestras respectivas celdas

Nos fuimos directamente a platicar al hoyito del albañal. Este había sido reducido de tamaño ese mismo día en la mañana, pues Pedro, al saber que yo estaba decidido a fugarme, había tratado de ampliar el hueco para poderse pasar a mi celda, y de allí escaparnos juntos. Yo le había dado el formón de acero para romper la pared de piedra, pero todos sus esfuerzos habían sido inútiles. Parece que el Comandante, o uno de los guardias, notó los huecos que Pedro había hecho en su celda, en la pared que nos dividía, y había ordenado la cerrada del hoyo. Sólo quedaba un pequeñísimo orificio donde a duras penas podía pasar una caja de fósforos. Le comuniqué de nuevo que esa misma noche me iría, y que por favor me vigilara el movimiento de los guardias desde la puerta de su celda.

Pedro me informó que Tachito había salido con toda su comitiva de soldados y guardaespaldas desde medio día. Seguramente andaba de parranda; en todo caso no había regresado a su residencia.

Esto, naturalmente, favorecía mis planes, pues yo tenía forzosamente que pasar a escasos 20 metros de su residencia y cuando él se encuentra en ella, la "población" militar de todos los alrededores es muy elevada. En cambio, cuando él sale, como se lleva con él cerca de 85 guardias, la guarnición queda muy reducida y la vigilancia en los alrededores es casi nula, pues toda la disciplina se relaja.

Convine también con Pedro que me informaría cualquier movimiento sospechoso, y que cada 30 minutos nos reuniríamos en el hueco para informarme él, o informarme yo como iban los preparativos.

Después de esto, esperé que pasaran la cena, pues a esa hora tenían que abrir la puerta de mi celda y entraba el Sargento de Guardia. No me convenía exponerme a levantar la "torre" sino hasta después, porque el Sargento podía notar algo extraño.

Pasó la cena y comí muy poco. Quería estar ligero. Me sentía muy bien, no me encontraba nervioso, y estaba completamente decidido. Lo único que tenía que hacer era irme.

Dejé pasar un rato y como a las seis de la tarde, levanté la torre. Coloqué el camarote verticalmente con mucho cuidado. Puse encima las tablas que hacían de piso, y trepé la silla y subí yo. Me aseguré por última vez de que los guardias no podían verme desde sus camas a través de las aberturas superiores de la pared, por los cartones que había colocado con anterioridad. El radio del Sargento estaba tocando una pieza musical que se lla-

ma "Florecita" a todo volumen. Naturalmente esto era en favor mío. No sé por qué siempre tocaban esa pieza; a mí, cuando la oigo, sólo me recuerda la cárcel. Bien podría llamarla "Carcelita".

Comencé a cortar la lámina del techo. Podía hacerlo rápidamente pues ya estaba muy avanzada, pero lo hacía muy despacio para no hacer ruido. Quizás cortaba a razón de una o dos pulgadas lineales cada diez minutos. Así que iba despacio.

Estaba un poco nervioso, o ciudadoso, pero completamente decidido. Me parece que otras noches anteriores había buscado excusas, por falta de valor, para no escaparme; pero esta vez no tenía ninguna duda.

Sin embargo, cada cinco o diez minutos me bajaba de la torre y me acercaba a la puerta a observar la actitud del centinela. No sospechaba absolutamente nada. A veces me quedaba breves momentos frente a él para que me viera.

Así fueron pasando los minutos y el trabajo iba avanzando. Cada media hora me reunía con Pedro y le informaba: "Ya corté tantas pulgadas; ya avancé hasta tal punto"; "ya sólo me falta tal cosa".

Yo había planeado salir como a las siete y media de la noche, porque es la hora en que hay más bullicio en el cuartel. Además porque muchos guardias andan en la calle, y nadie se esperaría que a esa hora se tratara de escapar un prisionero.

Sin embargo, avanzaba muy lentamente. A las siete y media no había terminado aún de hacer el corte. Pedro en esa reunión, se puso un poco nervioso, "Apresurate", me dijo, "esta es la hora que te conviene, si te esperas mucho van a dar la orden de silencio, a callar el radio y apagar las luces y entonces te van a oír".

Yo comprendía que él tenía razón, pero tampoco me podía apresurar demasiado y que me descubrieran. Había desarrollado un método de arrancar el aluminio con la mano, en vez de cortarlo con las tijeras y este aunque era más rápido y hacía menos ruido, tenía el inconveniente de que dejaba los bordes con muchas puntas y por lo tanto ofrecía el riesgo de cogermela ropa al pasar por el agujero.

Por fin, un poco después de las ocho de la noche, el hueco estuvo listo. Levanté la tapa formada por los tres lados de la lámina cortada... y por primera vez pude asomar la cabeza fuera del techo.

Fue una sensación tremenda... Confirmé mis cálculos de que del techo a la tierra no había más de un metro, pues el muro exterior de mi celda era un muro retenedor de tierra que forma la muralla que va en derredor de toda la Presidencial. Revelaba una zanja colectora de las aguas del techo, de suficiente profundidad como para arrastrarme por ella sin ser visto por los centinelas de La Curva, la residencia del Jefe Director de la Guardia Nacional, pero... pero. revelaba también la visual que tenían los guardias que se paseaban por la plazuela que queda frente a La Curva, y los agentes secretos que tienen en la azotea de ese mismo edificio... y los guardias que manejan los reflectores de la Torre Oriental. Tenían una línea de visión perfecta para verme en el momento que levantara la lámina de zinc y me saliera del techo. Naturalmente, esta era operación que se podía ejecutar en poquísimos segun-

dos, pero también es cierto que el ojo humano es mucho más rápido que el cuerpo.

Bajé la tapa o lámina del techo horrorizado. Aparentemente no tenía la menor probabilidad de escaparme.

Sin embargo, decidí observar un rato. Con sumo cuidado levantaba la lámina una o dos pulgadas y observaba hacia afuera.

El reflector se mantenía normalmente, y estaba apagado. Aparentemente no habían guardias allí esa noche. En la terraza no pude distinguir ni una sola vez a los agentes secretos, por lo que supuse que se habrían ido con Tachito desde medio día. En la plazoleta sí vi un guardia que se paseaba aburrido de un lado a otro, pero que no parecía estar muy alerta. Además, noté que cuando desaparecía, tardaba varios minutos en volver a aparecer. Seguramente iba de un lugar a otro periódicamente, y por lo tanto me daba tiempo suficiente para intentar la fuga. Me bajé de nuevo de la torre y fui a conferenciar con Pedro.

Me informó que del lado de él todo estaba en calma; los oficiales se mecían aburridos en unas butacas; el custodio estaba tranquilamente fumando. Todo normal.

Le conté rápidamente lo que había observado y le informé que me iría. Le pedí prestada la maquinita para resurarme el bigote, ya que esto era parte de mi plan para evitar ser reconocido.

Ese mismo día en la mañana Pedro me había regalado, y llevado al Consejo, la gorrita kaky que haría de gorra de oficial del Ejército de Nicaragua. Era una gorrita de trapo, de esas que venden por siete pesos en el Estadio Nacional de beisbol para evitar los rayos del sol.

Ya en todo esto me dieron las 8.30 p.m. Quizás demasiado tarde. El dormitorio de los guardias, pared de por medio de mi celda, donde dormían trescientos soldados, estaba en absoluto silencio. La luz estaba apagada. La radio callada

Sin embargo yo confiaba en que el ruido que haría no llamaría mucho la atención, porque muchas veces habíamos oído ruidos sospechosos en el techo y los custodios no se habían movido. Muchas veces yo había provocado ruidos en el techo tirando los zapatos y otros objetos contra el zinc, para acostumar al centinela a oír estos ruidos.

Coloqué las barritas plateadas de Capitán en la gorrita. Puse las otras insignias en el cuello de una camisa kaki, me rasuré el bigote y comencé a teñirme de café oscuro las partes del cuerpo que quedarían al descubierto de la ropa.

Me acerqué al hoyito del albañal a devolverle a Pedro su maquinita de rasurar y a despedirme. Casi no hablamos. Sólo le dije: "Ya estoy listo, me estoy pintando y ya me voy".

"Que vayas con Dios", oí que me decía.

Me regresé a mi camarote y comencé a pintarme la cara. Me ví en el pequeño espejo que tenía para este objeto y me quedé sorprendido: ni yo mismo me reconocía; el disfraz era perfecto. Con la gorrita puesta hasta las orejas, y con el color oscuro de la piel, cambiaba completamente de aspecto.

Al verme en el espejo, me recordé de un baile de disfraces en el Country Club donde también me había teñido



Luis Cardenal abraza y besa tiernamente a uno de sus hijitos, en la primera visita.

con esa misma tinta de achiote que me había preparado mi mujer. Para algo sirven los bailes de disfraz, pensé. Al menos le ayudan a uno a escaparse de la cárcel.

Estaba listo.

Me tomé una última pastillita de Ecuamil. La tercera del día. Sin embargo, en la prisa del último momento se me olvidó llevarme el trozo de carne que tenía listo desde hacía tres días para dárselo a los perros del cuartel, si acaso me seguían.

Me subí a la torre y guardé las tijeras en la bolsa del pantalón. No quería dejar ese rastro.

Levanté la lámina de zinc y comencé a observar. La situación era la misma de unos minutos antes. Eran las 9.00 de la noche.

Por fin apareció la cabeza del guardia en la plazoleta de La Curva. Me dio las espaldas y desapareció.

Levanté la lámina del techo y la empujé hacia arriba. Al doblarse hizo un poco de ruido, pero no había tiempo que perder.

Puse un pantalón gris en los bordes de la lámina rota para que no me estorbara mis movimientos, y me subí al respaldo de la silla. El hueco era de unas 22 pulgadas de largo por unas 14 de ancho, de modo que era un poco difícil pasar por él.

Puse las manos sobre el techo y empujé con fuerza hacia arriba. Logré sacar la cabeza, un hombro y todo un brazo: el izquierdo, pero el derecho se me quedó trabado. Estaba atascado, levantado en el aire a cuatro y medio metros de alto, y ya no tocaba el respaldar de la silla con los pies.

Hice un esfuerzo y logré pasar el otro brazo. Ya con los dos afuera, me empujé de nuevo hacia arriba y logré pasar hasta la altura de la cintura. Al pasar rozando los bordes del zinc, éste chirrió. A mí me pareció que el ruido se oía por todo el cuartel. Terminé de pasar las caderas, y en este movimiento se me cayeron las tijeras. Un nuevo ruido, pero ya estaba sentado sobre el borde del techo. Acomodé los pantalones grises sobre el hueco para que no dejaran escapar mucha luz que le llamara la atención al guardia de la plazoleta en su siguiente viaje, y me deslicé sobre el techo hasta caer en la zanja colectora de aguas.

Nadie me había visto, tampoco nadie me había oído.

Hasta el momento todo iba bien. La primera parte de la fuga había salido perfecta. En la zanja estaba completamente a salvo, y a pesar de que me encontraba rodeado por más de 800 guardias, a 20 metros de la puerta del Cuartel de Nicaragua mejor guardado: la propia residencia del general Somoza. Pero aunque todavía muy lejos de estar en libertad, al menos en ese momento, estaba a salvo.

Experimenté una satisfacción inmensa; la noche estaba clara y el aire fresco. Me sentí reconfortado.

Avancé sobre la zanja en dirección al Occidente arrastrándome sobre el estómago. Podía avanzar rápidamente, pero lo hacía con lentitud.

Iba observando todos los detalles y tratando de oír cualquier ruido revelador.

En cualquier momento me parecía que se aparecerían guardias en la zanja, en persecución mía. Nada... todo estaba en calma.

Llegué al final de las cuadras de la Tercera Compañía. Entre este edificio y el siguiente hay un espacio abierto que los separa de las cuadras del Batallón de Com-

bate "General Somoza". Frente a la apertura hay un centinela permanente a la orilla del asta del pabellón nacional. Dos guardias más se encontraban sentados propiamente frente a mí. Me puse a observar y noté que aunque se encontraban solamente a unos treinta metros de distancia, yo quedaba en las sombras, y ellos estaban descuidados. Pasé sigilosamente arrastrándome frente a ellos. No me vieron.

Continué siempre por la zanja hasta llegar al final de ese edificio y me situé frente a la plazoleta que rodea el Casino Militar.

Aquí me dio un vuelco el corazón...

Mis cálculos estaban errados.

Al final del edificio del cuartel del Batallón había un centinela; enfrente, cuidando una gasolinera, había otro. El zacate que rodea el Casino por la parte sur, y arriba de la muralla, había sido cortado a ras del suelo; todo el lugar estaba iluminado con luces de mercurio, y además parecía que en el Casino había alguna pequeña reunión, pues varios carros estaban estacionados afuera. Mujeres, niños y oficiales, hablaban, reían y jugaban frente a mí. Estaba perdido.

Sin embargo, seguí observando. Parece que saqué un poco la cabeza y mi sombra fue vista por uno de los centinelas. O quizás la barrita plateada de la gorra reflejó un destello de luz. Lo cierto es que el centinela llamó a otro soldado y comenzaron a hablarse entre sí y a observar en mi dirección.

Me quité la gorra y retrocedí siempre arrastrándome. En la nueva posición estaba seguro que no podían verme... pero ellos seguían mirando en mi dirección. Esperé unos minutos que me parecieron horas... y los seguí observando. Llamaron a otro guardia y se acercaron al muro. Yo creía que me habían visto... y retrocedí aún más, espantado. Me pasé, en la oscuridad de la zanja unos diez minutos completamente inmóvil. Sentía los latidos del corazón, veía avanzar las manecillas del reloj, y oía la música que venía del Casino.

¡Qué tranquila estaba la noche!

Me dieron las 9.45 p.m.

Se oyó el toque de queda del primer cuartel... a los pocos segundos se oyó el clarín del Batallón.

Yo sabía que a estas horas los soldados regresarían de sus casas, muchos de ellos probablemente borrachos, porque tres días antes había sido su día de pago.

Me puse a pensar. Recordé que habían dos rutas más que tenía estudiadas.

Recordé que el barbero y otros guardias se "escapaban" pasando frente a los garages de La Curva y saltando el muro "por el arbolito de marañón", que otros lo hacían "por el palito de papaya", que otros se deslizaban por "el poste de luz". Todos esos muros son un poco altos, y al caer uno tiene el peligro de forcerse un pie, pero no estaban vigilados. Yo lo sabía porque eran parte de las centenas de respuestas que había obtenido a las centenas de preguntas que había hecho.

Pero ninguna de esas rutas me gustaba. Significaba que tendría que retroceder los 200 metros que ya había avanzado. Además, muchos de los centinelas de La Curva me podían reconocer con más facilidad porque casi todos ellos pertenecían a la 3ª Compañía, donde había esta-

do preso tantos meses y donde todos me conocían. Yo debía salir por el área vigilada por guardias del Batallón o por la Guardia Presidencial, quienes seguramente no me conocían.

Me resolví a salir por el torreón de la Presidencial. Naturalmente, se necesitaba mucha sangre fría pasar frente a los centinelas, bajo la luz de las lámparas, a un metro de ellos... pero recordé que así habían salido el capitán Rivas Gómez y el teniente Alí Salomón, cuando se fugaron espectacularmente del cuartel "Campo de Marte". Uno de ellos había tenido pendiente una sentencia de cinco años, el otro solamente de dos; yo sabía que me caería una de ocho o nueve años. Bien valía la pena correr el riesgo. Además, para eso estaba disfrazado de Capitán de la Guardia Nacional. Tenía que hacerlo; ya estaba a medio camino y no me podía volver atrás.

Cogí valor de la propia necesidad y subí la pendiente cubierta de zacate que separa la parte trasera de los cuarteles con la carretera de asfalto que va desde el torreón de la Presidencial a La Curva.

Subí arrastrándome, lentamente y sin hacer ruido, buscando la sombra de unos árboles de quelite.

Al llegar al borde de la carretera, noté con horror que me había equivocado. Salí casi frente a la caseta de guardia que vigila la entrada a La Curva por ese lado. Sin embargo, la caseta estaba al otro lado de la carretera y el centinela estaba dentro de ella.

Me agaché de nuevo y avancé otra vez en dirección Oeste, unos cincuenta metros. Me incorporé y vi un guardia, rifle al hombro que se paseaba por la carretera por donde yo tendría que transitar. Esperé que diera media vuelta y cuando ya estaba de espaldas y alejado de mí salté una jardinera de piedra "bolón", que estaba al borde del asfalto y llegué al camino.

Comencé a caminar de pie con toda normalidad, bajando la suave pendiente cubierta de asfalto que va hacia el torreón. Por una ironía del destino, por esa misma ruta nos había llevado el camión cuando nos trajo prisioneros desde las montañas de Chontales.

Un centinela que venía de "Canta Gallo", el torreón de concreto que se encuentra más arriba, bajó en dirección mía. Lo hizo con cierta prisa y con los ojos puestos en mí. Yo pensé que estaba sospechando de mí, pero no le presté atención. El, al acercarse, debe haber visto a un oficial caminando sobre la carretera y no siguió acercándose.

Seguí caminando y llegué como a cincuenta metros del torreón, un guardia estaba borracho tirado en una cuneta. Avancé unos metros más, y me saqué un cigarrillo de la bolsa de la camisa, el que encendí siempre caminando, tratando, sí, de que la llama no me diera en el rostro.

Ya estaba a 20 metros del torreón, que queda muy cerca de la Avenida Roosevelt. Ya estaba casi afuera. Faltaba la última prueba.

En el torreón hay una guarnición de unos siete guardias. El primero estaba como a quince metros, medio escondido en los árboles que rodean la carretera. Lo vi tan de cerca y tan de repente que no tuve ni tiempo de sentir miedo. No me saludó ni yo lo volví a ver. Seguí avanzando, y seguramente como el primer retén me había dejado pasar, los demás hicieron lo mismo. Ninguno



Luis Cardenal, con sus famosas botas puestas, recibe la visita de su esposa, doña Liana Debayle de Cardenal, y de sus hijitos

me habló, ninguno me saludó, ni me hicieron ningún caso.

Ya al pasar frente al torreón, un guardia con ametralladora que estaba sentado en una banca de cemento me quedó viendo. Noté "algo" en su mirada, pero sacando fuerzas de mis flaquezas lo volví a ver y lo saludé con un movimiento de la cabeza, como diciéndole: "¿Qué le pasa, perro?" El, al ver mi gesto, agachó la cabeza.

A la izquierda me pareció ver a un Sargento o a un oficial, pero no quise mirar en esa dirección.

Por fin estaba en las calles de Managua.

Los guardias estaban a mis espaldas, pero me iba alejando de ellos. Estaban muy cerca, pero no habían sospechado nada.

Decidí marchar sobre la calle que va a la Colonia Militar que está en las faldas de la loma de Tiscapa en vez de bajar por la Avenida Roosevelt

Caminé media cuadra y me topé con un jeep de la Guardia Nacional que estaba estacionado a la orilla de la cuneta. Seguí caminando, y en el jeep encendieron las luces un momento para enfocarme, y las volvieron a apagar. Ellos naturalmente sólo vieron a un oficial de la Guardia Nacional caminando por la calle.

Al llegar a la esquina me encontré con dos policías. Ni les hice ni me hicieron caso.

Había pasado mi última prueba.

Estaba libre... ¡Realmente estaba libre!

Mi fuga había tenido un éxito completo.

Eran las 10 y 20 de la noche. Todo había durado hora y media.

Caminé unas cuadras más y me introduje a la casa de un amigo que me esperaba, y tenía las luces apagadas, pero la puerta entreabierta. El automóvil esperaba a la orilla de la acera.

Empujé la puerta y entré. Lo llamé por su nombre y de la oscuridad salió su voz, que me decía: "¿Luis? ¿Todo bien?".

"Sí", le dije, "todo bien, fue milagroso, fue un milagro".

Mi mujer me había arreglado todo muy bien

Nos subimos al carro y me dijo que me llevaría a

la Embajada de El Salvador, en las afueras de la ciudad, ya que era lo que más me convenía. A mí me pareció muy bien y platicamos todo el camino comentando los detalles de la fuga. Fumamos un cigarrillo y yo venía perfectamente tranquilo. Le recomendé que manejara con mucho cuidado, que si teníamos un choque me echaba a perder todo. Mi amigo estaba completamente calmo también, y su misma seguridad me hizo un gran bien.

Llegamos a la Embajada. Eran exactamente las 10 y 40 p.m.

Nos despedimos, y me bajé del carro

"Avísale a mi esposa", fue mi única recomendación.

"No le digas a nadie que yo te traje", fue lo único que me dijo él.

En la Embajada había una fiesta. Al darme cuenta de ello me entró una gran aflicción. Me puse nervioso. Al cruzar los jardines que rodean la residencia me intranquilicé más aún. Si hay fiesta, pensaba yo, deben estar allí los Tachitos, o algunos Ministros o gentes del Gobierno, oficiales, etc., y puedo tener problemas.

Llegué a la puerta y me introduje a la casa. Pasé frente a varios amigos míos que tampoco me reconocieron. Uno de ellos creyó que era un guardia legítimo y me volteó la cara disgustado. Por fin oí una voz que gritó: "Ese es Luis Cardenal", y quebró el vaso de vidrio de su highball en señal de alegría. Era Víctor Zavala, uno de los asilados.

Yo pregunté por el Embajador, doctor Alberto Morales Rodríguez, quien me recibió inmediatamente. Nos saludamos y al presentarme le dije: "Señor Embajador, soy Luis Cardenal, Comandante de la 5ª Columna rebelde que desembarcó en los Mollejones y me acabo de fugar de la prisión en que estaba. Le suplico asilo político".

